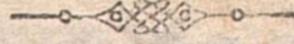


Leg 14 paquete 1º

3
#3

GUTTENBERG.



1074

SU BIOGRAFÍA ETRACTADA DEL CIVILIZADOR.

Traducción hecha espresamente

PARA

EL NORTE DE CASTILLA.

POR M. CALVO MARCOS.



V. F. C.

VALLADOLID:

Imprenta de D. F. M. Perillan,
calle de la Libertad, 5 y 7.

1862.



UNA BHSC. CEG 14-1 n.º 1074

GUTTENBERG

SU BIOGRAFIA ESTADADA DEL CIVILIZADOS

Traduccion hecha especialmente

PARA

EL NORTE DE CASTILLA

POR M. GALVAO MARRCOS

V. D. G.

VALLADOLID

Imprenta de D. R. M. Parrilla,
calle de la libertad, 5 y 7.

1882

HTCA

U/Bc LEG 14-1 nº1074



1>0 0 0 0 5 5 7 0 5 4

UVA. BHSC. LEG 14-1 nº1074

AL TUTOR.

A MI QUERIDO TIO

D. PIO CASAS Y CASAS,

**en prueba del acendrado cariño que
le profesa**

SU SOBRINO

MANUEL,

El Tutor.

AL LECTOR.

No creas, amado lector, que vas á leer nada nuevo; aunque quizá lo sea, porque ya lo hayas olvidado. El único objeto que encierra esta mal pergeñada traduccion, es renovar las ideas acerca del inventor de la imprenta; es el de multiplicar los escritos concernientes á la *biografía* del inmortal y por siempre digno de recuerdo ¡*Guttemberg!* es el de que los suscritores á EL NORTE, apasionados por obtener por medio de su folletin libros dignos de conservacion, como muchos de los ya publicados, obtengan este mas por el mismo conducto. Y finalmente, con el objeto de que la biblioteca de dicho periódico lo posea, como un trabajo hecho exclusivamente para él por un amante de sus columnas, y por el que desde hoy tiene la honra de ser admitido como colaborador suyo.

El Traductor.

— 8 —
II.

GUTTENBERG.

I.

La imprenta es el telescopio del alma.

Lo mismo que este instrumento óptico, llamado *telescopio*, aproxima á la vista, aumentando todos los objetos de la creacion, los átomos y hasta los astros del universo visible, lo mismo la imprenta aproxima y pone en comunicacion inmediata, continua y perpetua, el aislado pensamiento del hombre, con todos los demás del mundo invisible, y con el pasado, presente y porvenir. Se dice que los caminos de hierro y el vapor suprimen las distancias; la imprenta puede decirse que ha suprimido el tiempo. Gracias á ella somos todos contemporáneos. Yo hablo con Homero y Ciceron; los Homeros y los Cicerones de los siglos venideros conversarán con nosotros; de suerte que puede dudarse si la *prensa* es un verdadero *sentido* intelectual, revelado al hombre por Guttenberg, ó una *máquina* material; pues sin duda alguna hizo la fortuna del papel, del lapiz, de los caracteres, de las cifras que mueren segun los pareceres, y al mismo tiempo hizo nacer el pensamiento, la moral, la religion; esto es, una porcion de alma del género humano.

II.

No solamente constituyen el hombre los sentidos; pues las bestias les tienen como nosotros, y algunas mucho mas delicados, mas fuertes y positivos que los nuestros. Lo que mas que todo constituye el hombre, es el pensamiento. Pero este pensamiento sin ser revelado á otro por medio de la palabra, está en nosotros como si no existiera. La palabra no es el pensamiento pero es la necesaria y simultánea manifestacion. Tanto es así, que hasta que el hombre no ha dicho —¡Pienso!— no ha pensado, ha soñado; ha tenido instintos, no ha tenido ideas; sin disputa alguna ha tenido inteligencia, cautiva y dormida en medio de la oscuridad de los pensamientos; se parece á una hoguera que se apaga, pero que á semejanza de la centella, acercándosela, le vuelve la llama, la luz y la libertad. La centella que vuelve al pensamiento su llama, su luz y su libertad y la actividad al hombre y al espacio humano, es la palabra! es el *verbum* como decian nuestros antepasados, que, bajo el nombre de esta facultad verdaderamente divina, hacian alguna cosa intermediaria entre el hombre y Dios.

Tenian razon; la palabra es la revelacion del alma á sí misma. Pues ¿quién otro que Dios podia hacer esta revelacion de sí misma?

Así inclinémonos á creer que la palabra no es nacida por sí misma en labios del hombre primiti-

vo como una balbucencia debida al acaso, atrayendo de siglo en siglo, algunas vagas significaciones ó algunos sonidos inarticulados, y dando á otros, por medio del sonido, del encanto, de la significacion de estos gemidos humanos, lecciones que no hubiera recibido por sí mismo. Para haber podido llegar de estos instintivos gemidos á la palabra, de esta á la convencion unánime del sentido de las palabras; del de algunas voces, al verbo y á la frase; del verbo y de la frase á la sintaxis lógica; de esta sintaxis á la lengua de Moisés, de David, de Ciceron, de Confuccio y de Racine, hubiera sido preciso suponer al género humano mas siglos de existencia sobre este cenagoso globo que estrellas visibles é invisibles hay en la *via lactea*; seria tambien preciso suponer un sin número de siglos de estolidez, durante los cuales, el género humano, fuese esencialmente moral é intelectual; y semejante á las bestias, hubiera buscado en vano, su instrumento de moralidad é inteligencia, sin haberlo podido hallar sino despues de mil generaciones sin palabra, y por consiguiente sin inteligencia y sin moralidad. La humanidad sorda y muda por espacio de mil años!... Temo blasfemar creyendo en este misterio.

Quiero mejor creer el otro, es decir en el misterio paternal del Creador, inspirando él mis-

mó por medio de su criatura la palabra el verbo, la voz, la espresion no conocida, que nombra las cosas al verlas, con el nombre apropiado á su forma y naturaleza; pues llamar las cosas por su verdadero nombre, indudablemente es volverlas á crear. Sí, él ha debido enseñar la primera palabra y la primera lengua, él mismo que ha formado la inteligencia y el sentimiento para la comunicacion, el pecho para percibir el sonido de todas las fibras tendidas y movidas de nuestras pasiones, como un llavero interior, siempre el mismo que llevamos en nosotros; él mismo que ha hecho la lengua para articular, los labios para pronunciar, la voz para hacer percibir el eco del alma; de las ruinas de esta primera lengua perfecta y descompuesta por algunas decadencias intelectuales, serán recompuestas otras varias é imperfectas así como de las piedras de un templo desplomado, se reedifican lentamente, en el desierto algunos refugios para la caravana.

III.

La palabra dada, hallada ó inventada, tenia que haber atravesado algunos siglos, antes de haber llegado á este otro fenómeno: encerrar el pensamiento inmaterial é invisible en signos visibles y materiales, grabados sobre una sustancia palpable. Este fenómeno es la escritura. La escritura transporta de un sentido á otro

El pensamiento. La palabra comunica el pensamiento de la boca al oído por el sonido; la escritura embarga el anterior sonido, le transforma en caracteres ó letras, y de este modo, comunica al alma por esta relación por siempre misteriosa que existe entre nuestra inteligencia y nuestros sentidos, y hé aquí hecho visible de invisible é inmaterial á lo que era palabra. ¿Hay milagro comparable á este?

No se sabe en realidad quién haya inventado la escritura. Todo lo que se sabe es anónimo. No es dado á un hombre unir su nombre personal á un descubrimiento que es evidentemente colectivo y que pertenece á la humanidad entera; pero incontestablemente han sido los hombres quienes lo han tratado y no Dios mismo. Una vez escrita la palabra, no hay que hacer sino *transmitirla* del oído á la vista. Esta es obra difícil, pero obra humana. Por medio de la escritura adquiere la palabra dos cualidades inseparables que no tenía cuando solamente era hablada y fugitiva como el sonido. La palabra escrita adquiere la *perpetuidad y transmisibilidad*; á un mismo tiempo que se hace eterna y universal. Puede conservarse por siempre y ser entendida por todo el mundo.

IV

También desde que la palabra fué escrita, el género humano se puso en perpétua conversación

consigo mismo á pesar de la distancia y la muerte perfeccionó inmensos progresos y casi no interrumpidas civilizaciones. Se hizo como Dios, presente á todos los tiempos. Se enriqueció con lo pasado, cultivó el presente y elaboró para el porvenir. Escribió sus ideas, sus cantos, sus historias, sus leyes, sus ciencias, sus artes y sus religiones. Inmovilizó, por decirlo así, sus fugitivas ideas é hizo los manuscritos de las instituciones. La civilizacion de tal ó cual pais, tierra ó comarca del globo, se reasumió casi por todas partes en una sola manifestacion. El libro! El universo no fué ya sino una *Biblia*. Zorastre, Moisés, Confuccio y Mahomet, tuvieron tantos libros, tantas civilizaciones, tantas morales, tantas legislaciones, filosofías, dogmas y teologías, apoderándose á la vez del mundo ó disputándose por poseerle. Ahora el mundo pertenece al *libro* mas santo y mas universal.

Un millon de manos toman la caña del Egipto, la pluma del griego, el estilo del Romano, el papiro, la corteza de la palma, el pergamino de la edad media, el papel del Europeo, apresurándose á grabar en todas las lenguas la palabra objeto de fé para el espíritu, de comercio para el arte y de transporte para la industria. Los manuscritos se multiplicaron en porción incalculable sobre la tierra. La China, nuestros antecesores, en toda invencion, ella sola poseia con una lengua tres

veces mas perfecta que la nuestra, una especie de *stereotipo* ó imprenta, que vulgarizaba entre sus innumerables poblaciones, las ideas, la moral, las leyes y la religion.

Por todas partes la mano del hombre era la sola máquina del espíritu. La profesion de los copistas, era una de las mas numerosas, de las mas honradas y de las mas lucrativas de todas cuantas existian. Los libreros mantenian millares de copistas, revendian sus copias, y hacian un beneficio sobre el pensamiento. Habia en Roma y en las grandes ciudades de la Grecia y del Asia, cuarteles particulares donde se hacia este tráfico de ideas y palabras escritas. Los ricos tenian esclavos, comprados mas caros y tratados mas familiarmente que los demás, exclusivamente consagrados á copiar las obras célebres de la antigüedad y de su tiempo para las bibliotecas. El Gobierno tenia gran número para sus *edictos*, y los oradores para sus discursos. Mas tarde en el Bajo Imperio fué la única raza degradada y privilegiada á la vez, copiaban en Bizancio las mejores obras de la antigüedad griega, latina y hebrea.

En fin, fueron los monges copistas voluntarios, que, en el silencio de sus monasterios se consagraban á la multiplicacion de la palabra sagrada ó profana, copiando y recopiando millares de ejemplares de la Biblia, de los Evangelios y otros es-

eritos de ilustres autores de la antigüedad para el renacimiento de las letras.

Igualmente que los esclavos y los eunucos, los monjes hospedados, alimentados y vestidos gratuitamente en los monasterios fundados y votados por la munificencia de los reyes, de los grandes ó de los fieles, daban á precio módico la publicidad de las obras religiosas. No tenían necesidad de salario, porque su orden, enriquecida con los donativos y las haciendas, cubria todas sus necesidades.

Bien pronto estos manuscritos, ocupacion de pasatiempo para los monjes, profesion manual y comercial para los legos y para los clérigos, fueron un objeto de arte que produjo las mejores obras, en las que principalmente se necesitaba la paciencia, la caligrafía, miniatura, dibujo de pluma y coloracion de pincel. El arte de la imprenta, ha sido en el dia algun tanto perfeccionado por Didot, Bodoni, Bently y por todos los maestros de la *prensa*, pero no ha igualado ni igualará quizá jamás, á algunos de dichos manuscritos para cuyas páginas, á semejanza de los templos de Jerusalem, de Roma ó de Colonia, se han empleado millares de manos, y consumido sucesivamente vidas enteras de religiosos y artistas.

Sin embargo, este modo de reproduccion tenia mas de dos cosas inmensamente inferiores á el de la imprenta; era lento y caro; no producía suficiente número de copias para cubrir las necesida-

des de su consumo indefinido de lectores y solo los ricos podian formar bibliotecas. Las luces del entendimiento eran el privilegio esclusivo de la Iglesia, de los principes, de los cortesanos y de todo el mundo. La cabeza de la sociedad era la *luz*; los piés, la sombra. Otra facultad faltaba á la palabra escrita, la rapidez. El periodismo que tiene la del rayo, y que en cortas horas consume las noticias de una estremidad del imperio á el otro no existia entonces. La palabra era libre; no se ponía en circular de mano en mano como el óbolo del dia; tenia grandes vacios y largos silencios en la plática del espíritu humano consigo mismo. Los progresos de la verdad, de la ciencia, de las letras, de las artes y de la política, eran lentos y suspendidos en varios periodos.

V.

Tal fué hasta el año 1400 el estado de la palabra. Era necesaria una revolucion mecánica para preparar las innumerables revoluciones del pensamiento, que la Providencia se reservaba al perfeccionar al género humano por medio de la mano de un humilde mecánico; lo que hay de notable en esto, es que este mecánico, como si proféticamente hubiera sido inspirado por la Providencia, no produjo este prodigio por el azar ó por codicia como tantos otros inventores: no lo produjo por simple piedad y compasion sin que su conciencia estuviese ignorante de lo que iba á perfeccionar.

Se decía á sí mismo en sus mas tiernos años: «Dios sufre por aquella multitud de almas á las cuales no descendió su sagrada palabra: la verdad religiosa está cautivada en un pequeño número de libros manuscritos que guardan el tesoro comun en vez de esparcirlo; rompamos el sello que encierra las cosas santas, demos alas á la verdad y que vuele en busca de la palabra, no ya escrita á gran precio por la mano que se cansa, sino multiplicada como el aire por una infatigable máquina, que llegue á ser querida y deseada de todo el mundo.

VI.

El hombre que á sí mismo se decía estas bellas palabras y que establecía este problema para resolverle ó para morir en la pesadumbre era GUT-
TEMBERG.

Juan Gensfeich Guttemberg de Sorgeloch, era un jóven patricio: nació en Mayence, ciudad libre y opulenta á orillas del Rhin, en 1400. Su padre Friel Gensfleisch casó con su hija Elisa Guttemberg, la que dió su nombre á su segundo hijo Juan.

Seria probable que si Mayence, su patria, no hubiera sido ciudad libre, no hubiera podido concebir ó ejercitar allí su invencion. El despotismo como la supersticion imponen el silencio, y hubieran ahogado el eco universal é irresistible que el génio de este hombre meditaba creando la palabra. La imprenta y la libertad debian ser gemelas.

Mayence, Strasbourg, Worms y otras ciudades

municipales del Rhin, eran entónces gobernadas bajo la soberanía del Imperio, en pequeñas repúblicas federativas, como Florencia, Génova, Venecia y otras de la Italia. La nobleza guerrera, la crecida vecindad y el público laborioso, fluctuante entre las dos clases que le acariciaban ó le tiranizaban á la vez, de tiempo en tiempo igualmente que por todas partes se disputaban el poder. Accesos de guerras civiles suscitadas por vanidad ó interés, y en las que la victoria quedaba ya de parte de los plebeyos, ya de la de los patricios ó ya de la de los proletarios, eran todos á un mismo tiempo vencidos, vencedores y proscritos. Esta es la historia de todas las ciudades, repúblicas é imperios. Mayence era una miniatura de Roma ó Atenas. Tan solo los proscritos eran los únicos que no tenían que atravesar los mares para huir de su patria; salían de los muros, atravesaban el Rhin, los de Strasbourg iban á Mayence, y viceversa, y allí esperaban una vuelta en su favor ó un perdon de sus conciudadanos.

VII.

El jóven Guttemberg, combatiendo en las querellas intestinas de Mayence, por la causa de su padre, la mas santa á los ojos de un hijo, fué vencido y desterrado con todos los caballeros de su familia, fuera del territorio de Mayence. Su madre y hermanos quedaron solos en posesion de

sus bienes como inocentes víctimas á quienes se imputaba el crimen de su nobléza. Su primer destierro no duró mucho tiempo. Se firmó la paz y la vuelta de los desterrados. Habiéndose reanimado las rivalidades de las clases en 1420, una vana querrela de precedencia en las ceremonias públicas, tuvo ocasion á la solemne entrada del emperador Robert, acompañado del arzobispo Conrado, en Mayence, y en esta ocasion le ascendió á diez años su segundo destierro.

La libre ciudad de Francfort, se presentó esta vez como medianera entre los nobles y plebeyos de Mayence, y obtuvo su admision á condicion de igualdad entre los patricios y vecinos en la magistratura del gobierno. Pero Guttemberg, sea que su valor en la guerra civil le hiciera mas temible y hostil á la vecindad, sea que su orgullo alimentado por las tradicciones de su familia, soportando pacientemente el cargo de los plebeyos ó sea tambien, que diez años de destierro y estudio en Strasburg, subsistiendo en volver su pensamiento hácia un objeto mas noble que vanos honores en una república municipal, rehusó volver á su patria. Su madre que velaba en Mayence por su hijo, pidió á la república que al menos se la dejase disfrutar como pension, una módica parte de sus bienes confiscados. La república respondió que la negativa de entrar en su patria era por parte del jóven una declaracion de guerra, y que ella no

podía liquidar con sus enemigos. Guttemberg obstinado en su destierro voluntario y en su desden, recibía de su madre ocultos socorros.

Ya gozaba en Strasbourg de alta popularidad por su carácter y estudios, cuando cierto día habiendo pasado el magistrado de Mayence por el territorio de Strasbourg, los amigos de Guttemberg le detuvieron, le encerraron en un castillo, y no consintieron en darle libertad hasta después que la villa de Mayence hubo firmado un tratado para volver el patrimonio á su proscrito. Así, este joven, gran tribuno del género humano, que iba por medio de su invención, á destruir para siempre las preocupaciones de raza, y á dar con el tiempo, la libertad é igualdad civiles á todos los plebeyos del universo, comentaba su vida, hasta entonces ignorada, por combates de tribus contra el pueblo á la cabeza de los patricios de su patria. Pero la ciencia de Guttemberg, creciendo á medida que su edad avanzaba, iba á arrojar un pueblo en brazos de otro.

VIII.

La restitucion de bienes permitió al joven Guttemberg satisfacer sus gustos literarios, religiosos y artísticos, viajando de ciudad en ciudad para examinar los monumentos y visitar á los hombres de todas condiciones, celebrados por su ciencia, su arte y aun por su oficio. Por entonces tenían los artesanos en Alemania casi el mismo rango que

los artistas. Esto era por aquella época en que los oficios apenas estaban descubiertos, se confundían con las artes, y cuando las más humildes profesiones producían sus privilegiados trabajos, que se admiraban por su novedad como prodigios. Guttemberg viajaba solo, á pié, con la maleta que contenía sus vestidos y sus libros á la espalda, como un simple estudiante, que visita las escuelas, ó como un artesano que anda buscando amo. De este modo recorrió las orillas del Rhin, la Italia, la Suiza, la Alemania y finalmente la Holanda, no sin objeto, recorre esto un hombre que deja vagar su imaginación al capricho de sus piés, con el pensamiento fijo, como una voluntad inmutable conducida por un presentimiento. Su pensamiento era esparcir, por medio de la Biblia, la palabra de Dios sobre mayor número de almas.

Tal era la religión que este ambulante jóven buscaba; la simiente verdadera para esparcirla sobre la tierra, y el sementero para otras mil semillas.

Es glorioso para la imprenta haber sido dada al mundo por la religión y no por la industria. Este solo fervor era digno de producir el instrumento de toda verdad.

Se ignora qué procedimientos mecánicos combinaba Guttemberg allá en su pensamiento. Pero el azar desvaneció todos y apróximó instantáneamente su descubrimiento. Un día en Haarlem (Ho-

landa) el sacristan de la catedral, llamado Lorenzo Koster, con el cual tenia verdadera amistad, le hizo admirar en la sacristia una gramática latina, ingeniosamente reproducida por caractéres tallados en una plancha de madera para la instruccion de los seminaristas. La casualidad hizo que este revelador gratuito, produjese el bosquejo de la imprenta.

IX.

El jóven sacristan de Haarlem, era escesivamente amoroso. Yendo á pasearse y á soñar en los amorosos dias de su vida, fuera de la villa, todos los dias de fiesta, se sentaba bajo los sauces á orilla del camino. Lleno el corazon de la imágen de su desposada, se complacia, como todos los amantes, en grabar con su navaja la primera letra del nombre de su dama y la primera del suyo entrelazadas, á manera de símbolo rústico de la union de sus almas y del enlace de sus destinos. Mas en lugar de dejar las letras grabadas en la corteza para que creciesen en union del árbol, como otras mil cifras misteriosas que se perciben en los árboles á orilla de un bosque ó un rio, las esculpió en pequeños trozos de sauce despojados de su corteza, y húmedos aun de su sabia primaveral, les llevó como un recuerdo y como un monumento de ternura á su amada.

Un dia, habiendo tallado las mismas letras en madera verde, con mas arte y perfeccion que de

ordinario, las envolvió en un trozo de pergamino y las llevó á Haarlem. Al despojarlas del pergamino á la mañana siguiente para verlas, fué asombrado, al ver que estaban perfectamente reproducidas por el relieve sobre el pergamino, á consecuencia de haber sido sudada la savia durante la noche. Esto fué para él una revelacion. Talló otras letras en un trozo largo de madera, reemplazó la savia por un licor negro, y de este modo, obtuvo la primer plancha de imprenta. Mas no podia imprimir sino una sola página. La movilidad y combinacion infinita de los caractéres, que se multiplican segun la necesidad de la palabra escrita, era la que faltaba. El procedimiento del sacristan Koster hubiera cubierto la superficie de la tierra de planchas talladas en cavidades ó relieves, cuando no lo hubiera reemplazado con un solo cañafisto de imprenta movable. No obstante, el príncipe del arte estaba encerrado en la sacristia de Haarlem, y se podria dudar en atribuir la gloria á Koster ó á Guttemberg, si en el uno la invencion toda accidental no hubiera sido un don del amor ó del acaso y en el otro una conquista de la paciencia y del génio.

X.

Sin embargo, á la vista de esta plancha grosera, la luz salió para Guttemberg de una nube. Contempló la plancha, la analizó, la descompuso y la volvió á componer, la modificó, la dislocó, la vol-

vió á unir, la puso inclinada hácia arriba, la bañó de lápiz, la aplicó, y en su pensamiento la oprimió con un tornillo. El sacristan asombrado de su silencio, asiste á su vez á este encierro de una idea anidada por espacio de diez años en el cerebro de su visitador; cuando Guttemberg se retiró, llevaba consigo todo un arte.

XI.

A la mañana siguiente como un hombre que posee un tesoro, y que ni tiene reposo ni sueño hasta no haberle descubierto, Guttemberg dejó á Haarlem; marcha súbitamente por las orillas del Rhin, llega á Stransbourg, se encierra en su laboratorio, labra él mismo sus útiles, coje, rompe, bosqueja, desecha, vuelve á tomar, desecha para volver á empezar sus pruebas, y concluye por ejecutar en secreto un feliz bosquejo de impresion sobre pergamino con caracteres móviles, de madera, taladrados lateralmente de un pequeño agujero, enfilados por medio de un hilo como las cuentas de un rosario cúbico, teniendo cada cara de la cuenta una letra del alfabeto en relieve. El primer alfabeto fué grosero, pero sublime, bosquejo de veinte y cuatro letras que se multiplicaron á imitacion de las ovejas del patriarca, y que concluyeron por cubrir el globo de caracteres en los que se encarnó un elemento nuevo é inmaterial, el pensamiento!

El entusiasmo de su éxito se apoderó de él; á la noche siguiente se quedó dormido lleno de pena. En su turbado é imperfecto sueño, tuvo un ensueño. En seguida le contó á sus amigos. Tan profético y verdadero era este ensueño, que casi al leerlo se duda si era el presentimiento reflejado de un labio despierto ó la fantasía febril de un artesano dormido.

Hé aquí el relato ó leyenda de ese ensueño, tal como se conserva en la biblioteca del consejero áulico Beck.

«En una celda del claustro de Arbogaste, un hombre de pálida frente, larga barba, la mirada fija, estaba delante de una mesa apoyada la cabeza en su mano; este hombre era Juan Gutemberg. Algunas veces levantaba la cabeza, y sus ojos parecían iluminados de una claridad interior. En estos momentos Juan pasaba su mano por la barba con un rápido movimiento de alegría. En la celda de la hermita buscaba un problema en el que columbrase la solución. Se levantaba á menudo y un grito salía de su pecho: era como el alivio de un pensamiento encerrado por largo tiempo. Juan se acercó á un baul, le abre y saca un instrumento cortante; despues se puso á cortar un trozo de madera; en todos estos movimientos tenia alegría y ansiedad, como si creyese que su dea se iba á escapar, diamante que habia hallado

y que quería dejar pulido á la posteridad. Juan cortaba con rudeza y con febril actividad; su frente se cubria de gotas de sudor, mientras sus ojos seguian con ardor el progreso de su trabajo. Trabajó mucho tiempo de este modo, mas este tiempo le pareció corto. Por fin moja la madera con un licor negro, la deposita sobre un pergamino, y oprimiendo con todo el peso de su cuerpo y su mano, imprimió la primera letra que habia tallado en relieve. Contempla su obra, y un segundo grito, lleno del éxtasis del ingenio satisfecho, se exala de su boca. Cierra los ojos con un aire de beatitud que podian estar celosos los santos del paraíso, y cae aniquilado sobre un taburete; y cuando se apoderó de él el sueño, murmuró? «Soy inmortal.»

«Entonces tuvo un sueño que turbó su alma.

Oí dos voces, dijo, dos voces desconocidas y de tiple diferente, que me hablaban alternativamente en el alma. La unáme dijo: «Alégrate Juan, eres inmortal. ¡En adelante toda luz se repartirá por tí en el mundo! ¡Los pueblos que viven mil leguas separados de tí, estraños á los pensamientos de nuestro país, leerán y comprenderán todos los pensamientos, hoy mudos, repartidos y multiplicados como la reverberacion del fuego por tí, por tu obra! ¡Alégrate, Juan; eres inmortal; tú eres el intérprete que esperaban las naciones para hablarse entre sí! ¡Eres inmortal; tu descubrimiento va á dar la vida perpétua á los genios que si

tí, hubieran muerto antes de nacer, y todos á la vez en reconocimiento, proclamarán la inmortalidad del que les ha inmortalizado!»

La voz cesó dejándome en el mayor delirio de gloria. Escuché la otra voz. Me dijo:

«Sí, Juan, eres inmortal! pero ¿á qué precio? El pensamiento de tus semejantes es siempre bastante puro y santo para merecer ser entregado á los oídos y á los ojos del género humano. No hay muchos, y quizá el número mayor que merecerían mil veces mejor ser aniquilados y ahogados que repetidos y multiplicados en el mundo.

»El mundo mas veces es perverso que sabio y bueno; profanará el don que le das, y abusará del nuevo sentido que le creas! Mas de un siglo en vez de bendecirte te maldecirán.

»Hombres nacerán cuyo espíritu será poderoso y seductor, pero cuyo corazón será soberbio y corrompido; sin tí, permanecerían en la oscuridad, encerrados en un estrecho círculo, no hubieran llevado la felicidad sino á sus inmediatos y por e tiempo de su vida; por tí, tendrán desvaríos, felicidad y crimen todos los hombres y todas las edades.

»Mira miles de almas corrompidas por la corrupción de una sola! Mira á esos jóvenes pervertidos por libros cuyas páginas destilan el veneno del espíritu.

»Mira á esas jóvenes inmodestas, infieles y

duras para con los pobres, por libros que derraman el veneno del corazón.

«Mira las madres llorando sus hijos.

«Mira los padres ruborizando sus hijas.

«Juan, la inmortalidad que cuesta tantas lágrimas y angustias no es demasiado querida. Envidias la gloria á ese precio? No te asombres, Juan, de la responsabilidad que esta gloria hará pesar sobre tu alma.

»Créeme, Juan, vive como si nada hubieses descubierto. Mira tu invencion como un sueño seductor, pero funesto, cuya ejecucion no seria útil y laudable sino cuando el hombre fuese bueno!... Pero el hombre es inicuo, y prestar armas á los inicuos, no es otra cosa que participar de sus crímenes.» (1)

«Desperté con el horror de la duda! Titubeé un instante; mas consideré que los dones de Dios, aunque alguna vez fuesen peligrosos, jamás malos, y dar un instrumento mas á la razon y á la noble libertad humana, era dar un campo mas vasto á la inteligencia y á la virtud, ambas divinas!

»Proseguí la ejecucion de mi descubrimiento.»

XIII.

Guttemberg, abrazando en el momento, de una sola ojeada, la inmensa capacidad moral é in-

(1) Sueño traducido por Mr. Garaud, en Strasbourg, de el original.

dustrial de su invencion, sintió que su débil mano su corta vida y módica fortuna se gastarían en vano en semejante obra. Esperimentó á la vez dos necesidades contradictorias, la necesidad de asociarse á auxiliares en sus gastos y trabajos mecánicos, y la necesidad de ocultar á sus asociados el secreto y el verdadero objeto de sus trabajos, por miedo de que su invencion divulgada ó usurpada no le alzaria á la gloria y méritos de inventor. Sus miras se dirigian á los nobles y ricos patricios que conocia en Strasbourg y en Mayence. Pero verosimilmente rechazado por todos á causa de la preocupacion que poseia entonces la nobleza al trabajo manual, y que no permitia al noble hacerse artesano sin degenerar, fue obligado á degenerar él solo, en artesano, á asociarse á los artistas, y confundirse con el pueblo para elevarle al nivel de la moralidad é inteligencia.

Bajo pretesto de trabajar en comun obras maravillosas y nuevas como la joyeria, relojeria, el corte y engaste de piedras, terminó un tratado de asociacion con dos habitantes de buena posicion de Strasbourg, Andrés Dritzheiu y Juan Riffe, arrendatario de Lichteneau, y mas tarde con Fausto, platero y banquero de Mayence, cuyo nombre confundido con el de *Fausto*, popular y maravilloso hechicero de Alemania, familiar de los misterios y confidente de los espíritus, hizo atribuir la invencion de la imprenta á la májia; finalmente se

asoció con Heilman, hermano del que acababa de fundar la primera fábrica de papel en Strassbourg.

XIV.

A fin de engañar á sus asociados el mas tiempo posible, acerca del real objeto de la empresa, se dedicó, en efecto Guttemberg, con ellos, á muchas industrias artísticas y secundarias.

A un mismo tiempo que continuaba en secreto sus averiguaciones para la imprenta, trabajaba en público en otras materias. Enseñó á Dritzchen el arte de cortar piedras preciosas; él mismo pulia el vidrio de Venecia para hacer espejos; les labraba con facetas y los engastaba en marcos de cobre, que adornaba con figuras de madera representando personajes de las fábulas, de la Biblia ó del Evangelio. Estos espejos, que se vendian en la feria de Aixala Chapelle, sustentaban los fondos de la asociacion y ayudaban á Guttemberg en sus gastos secretos destinados á cumplir y perfeccionar su invencion.

Para ocultar mejor la inquieta curiosidad del público, que comenzaba á sospechar brujerías contra él, salió de la ciudad; estableció sus talleres en las ruinas de un viejo monasterio abandonado, llamado el convento de Saint Arbogaste. La soledad del lugar, no habitado sino por indigentes de los arrabales, ocultó sus primeros ensayos.

Guttemberg tan solo habia reservado para sí

una celda, y lo restante para los trabajos menos ocultos de sus asociados, siempre permanecía cerrada la celda, de manera que nadie penetrase. Se ocupaba en designar los planos, los arabescos, las figuras de su joyería y de sus marcos; pero pasaba días y noches consumiéndose de sueño y ardor para la aplicación de su descubrimiento. Figuraba en madera letras movibles, y meditaba fundirlas de metal; buscaba laboriosamente el medio de encajarlas en sus *formas*, tanto de madera como de hierro, para hacer palabras, frases, líneas y páginas espaciadas sobre el papel. Inventó sustancias coloradas á la vez que aceitosas y secas, para producir los caracteres, brochas para esparcir esta tinta sobre las letras, planchas para sujetarlas, tornillos y peso para comprimirlas. Los meses y los años se consumían juntamente con su fortuna y con los fondos de los asociados en estas resignaciones y experimentos, en estos sucesos y en estos reveses.

En fin, habiendo ejecutado una miniatura, una prensa que le pareció reunir todas las condiciones de la imprenta, tal como la concibió, ocultó su modelo bajo el capote, y entrando en la ciudad fué á buscar un tornero que trabajase en madera y otro en metal, llamado Conrado Saspache que vivía en la encrucijada de Mercier, para rogarle se lo hiciese en grande. Recomendó el secreto al artifice diciéndole tan solo que era una máquina por me-

dio de la cual se proponia terminar grandes obras de arte y mecánica, de la cual mas tarde se conocerian sus prodigios.

El tornero tomando en sus manos el modelo, lo miró con detencion sonriéndose desdeñosamente del artesano consumido por un bosquejo, y le dijo con aire un poco chancero:

«Todo esto que me mandais hacer es simplemente una prensa, mi señor Juan!—Sí, respondió con tono grave y exaltado Guttemberg: en efecto es una prensa; pero una prensa de la que bien pronto brotarán inalterables olas del mas abundante y maravilloso licor que jamás ha habido para refrescar los hombres! Dios esparcirá por medio de él su palabra; destilará un manantial de pura verdad; como un nuevo astro, disipará las tinieblas de la ignorancia, y hará lucir en los hombres la luz hasta el presente desconocida.» Se retiró. El tornero, que nada comprendió de todo esto, hizo la máquina y la llevó al monasterio de Arbogante.

Esta fué la primera prensa.

Habiéndola puesto ya concluida en manos de Guttemberg, el tornero empezó á sospechar algun misterio: «Bien veo, mi señor Juan, dijo á Guttemberg, que estais en comercio con los espíritus celestes; así en adelante os obedeceré como á un espíritu!»

Luego que estuvo en posesion de su prensa, comenzó á imprimir. Se tienen pocas nociones sobre los primeros libros que salieron de su prensa; pero el carácter profundamente religioso del inventor no dejan duda alguna sobre la naturaleza de las obras, á las cuales debió consagrar las primicias del arte. Fueron, segun toda certidumbre, libros sagrados. El arte inventado por Dios y por la inspiracion de Dios, comenzó por Dios. Las posteriores impresiones de Mayence lo atestiguan: los cantos divinos de los *Palinos* y la célebre *Biblia* latina fueron en Mayence las primeras páginas que salieron de la máquina inventada por Guttemberg y aplicada al uso de las mas piadosas facultades humanas, el entusiasmo lírico para su creador y el gemido terrestre para sus destinados. La alabanza y la oracion fueron por este hombre los dos primeros gritos de la prensa! Esta debe glorificarse para siempre.

Faltaban detalles lo mismo en Strasbourg que en Mayence, donde les hemos hallado, acerca de sus impresiones auténticas, porque, sea por humildad ú orgullo, jamás puso Gutemberg su nombre á ninguna de sus obras tipográficas. Unos creían lo hacia por un sentimiento de cristiana modestia, no queriendo atribuir á un hombre una gloria que pertenecía al divino inspirador de su invtncion; otros, porque estas impresiones eran

una obra industrial y servil en aquel tiempo, y que hubiera degradado á su familia y nobleza, haciéndola degenerar de su rango.

Tan solo sabemos por acto de donacion hecho á su hermana Hebele, religiosa del convento de Santa Clara, en Mayence, que la entregó libros piadosos que habia impreso en Strasbourg, prometiéndola enviarla sucesivamente todos los que saliesen de su prensa.

¡Pero cuántos disgustos le esperaban el dia de su triunfo! Se ha visto que la necesidad de procurarse fondos para su empresa le habia obligado á asociarse. Ahora la necesidad de auxiliares para sus multiplicados trabajos de una grande imprenta, le habian obligado á poner asociados y un gran número de artesanos en la confidencia de su obra y en el secreto mismo de sus procedimientos. Cansados sus asociados de dar fondos, á una empresa que, falta de consumo no les producía nada, rehusaron seguir una obra ingrata. Guttemberg juró no abandonarla en el momento mismo en que palpaba la fortuna y la gloria. No consintieron en dar nuevos recursos sino á condicion de entrar en completa participacion de todos sus secretos, de todos sus beneficios, de toda su propiedad y de toda su gloria.

Para continuar su obra les vendió su renombre. Desde entonces desapareció el de Guttemberg; los socios consumieron al inventor, y bien pronto

no fué sino uno de los artesanos de su propio taller. Así como Cristobal Colon fué atado en su propio navío por aquellos á quienes habia dado un nuevo mundo.

XVI.

Esto era poco; los herederos de uno de sus asociados intentaron un proceso para disputarle la invencion, la propiedad y la esplotacion de la obra; le llevaron ante los jueces de Strasbourg, para condenarle á no sé qué espoliacion mas auténtica y jurídica que aquella voluntaria á que por sí mismo estaba condenado. Su perplejidad ante el tribunal fué extrema. Para justificarse, importaba entrar en detalles técnicos de su arte, que aun no queria divulgar completamente, reservándose al menos para sí el misterio de sus esperanzas. Los jueces, curiosos, tomaban cuestiones insidiosas, que por su respuesta hubiera esclarecido el secreto de sus procedimientos. El las evitaba, prefiriendo la condena á la vulgarizacion de su arte. Los jueces para orillar el descubrimiento que preocupaba la imaginacion del pueblo, citaron á sus obreros mas fieles, y profundamente unidos á Guttemberg, rehusaron revelar lo mas mínimo. La propiedad de su amo quedó mas asegurada en su corazon que en el de sus ávidos asociados. Nada se traslució de los últimos misterios del arte. Guttemberg, arruinado, condenado y quizá espulsado, se retiró solo é indigente á Mayence, su patria,

para volver á empezar allí sus trabajos y para reconstruir su vida y su gloria.

Aun era jóven, el ruido de su proceso habia popularizado su nombre en Alemania; pero entraba artesano en una patria de la que habia salido caballero. La humillacion, la indigencia y la gloria luchaban en su destinada y en las miras de sus conciudadanos. Solo el amor le reconoció por quien habia sido y por quien seria algun dia.

XVII.

Hé aquí lo que dicen las tradiciones locales, y lo que atestiguan dos monumentos auténticos de los archivos de la catedral de Strasbourg, del año 1437: el uno prueba que *Ana de la Puerta de Hierro*, esposa de Guttemberg, hizo un don á la Catedral para adquirir el derecho de inscribir su nombre en la lista de los bienhechores, y asegurar de este modo oraciones para ella y sus descendientes; el otro que hace mencion de su muerte.

Guttemberg, desterrado por segunda vez por los plebeyos vencedores de la nobleza, se enamoró de una jóven, noble como él, de la villa de Strasbourg, llamada *Ana de la Puerta de Hierro*, nombre de su casa, sin duda herencia de algun castillo feudal de los reyes del Rhin. La amaba con la ardiente y caballeresca pasion de aquellos tiempos de fidelidad. Se habian prometido mutuamente, por escritura de casamiento. Ana de la Puerta de Hierro guardaba para él su juventud,

hermosura y corazon; al mismo tiempo, Guttemberg, debia reclamar la fé de su desposada, en el territorio de Mayence, y apartar la prenda de su propia fé como lo habia prometido, lo que jamás hizo. Sea que creyese arrastrar á Ana, hija noble y honrada, á la humillacion é indignidad en que se hallaba él, sea que el sentimiento de haber anulado por sus trabajos de artesano, la ilustracion feudal de su raza, le hizo indigno en adelante á su vista, de aspirar á una sangre noble. Jamás Guttemberg pidió pruebas de la fé prometida y prometió no apartarse de la suya; esperaba la rehabilitacion y mejores dias para partirlos con su amada. Su humildad y escrúpulos resistieron á las mas tiernas instancias de su desposada, y no pudieron ser vencidos sino por una notificacion jurídica hecha ante la oficialidad de Strasbourg, de sostener la promesa de casamiento que habia jurado otras veces.

Esta notificacion de Ana de la Puerta de Hierro á su amante, existe hoy como único monumento auténtico de su casamiento. Guttemberg cedió por fin á esta generosa violencia del amor: se casó con Ana. Sus hijos murieron de muy corta edad.

La herencia y el heredero de los grandes hombres, es la invencion y el género humano.

Despues que salió la causa, en 1439, dejando á Guttemberg por dueño de su secreto, condenán-

dole tan solo á pagar una indemnizacion á los herederos de **Andrés Dritzcheu**, dejó el monasterio de *Saint-Arbogaste* y se fué á **Strasbourg**; entonces habitó en casa de **Thiergarten**, donde estableció su primera imprenta.

Quizá será curioso para el lector mostrarle que en el terreno que ocupaba esta casa está erigido hoy el Liceo, como si aquel lugar hubiera sido designado de antemano para tan grande intento; y que despues de haber colocado los materiales para la tipografía la vulgarizase por medio de la instruccion.

Cuando á **Guttemberg** se le violentó para que dejase á **Strasbourg**, en 1446, dejó allí las tradiciones de su arte en los colaboradores y obreros iniciados para su descubrimiento y procedimientos: y sabemos por **Mentel** ó **Metelin**, notario público, que no se hizo plebeyo de **Strasbourg** hasta 1447 y por **Eckstonio**, canónigo de la catedral, que ayudados con fondos del convento de **Chartreu** y sin que trabajasen en este arte tan poco conocido entonces, establecieron tipografías, y procedieron con la mayor celeridad á imprimir, tanto, que en un dia imprimian una *Biblia alemana*. Otras muchas obras iban apareciendo sucesivamente con el nombre de la imprenta de **Mentel**, quien hizo una rápida fortuna, mientras el desgraciado **Guttemberg**, perseguido por la miseria, entraba fugitivo en **Mayence**.

La fortuna que habia acrecentado la influencia de Mentel y la rivalidad que existia entre las ciudades independientes de Mayence y Strasbourg, favorecieron sus ambiciosos deseos de sustituir su nombre por el de Guttemberg. Logró felizmente que en pocos años Guttemberg fuese olvidado ó alejado voluntariamente, y Mentel proclamado en Strasbourg, inventor del arte divino, y de las fiestas instituidas en honor suyo.

XVIII.

De vuelta de Mayence, y relevado de la humillacion y de la ruina por la mano de una mujer amada, como Mahomet por su primera esposa, Guttemberg se entregó por completo á su arte; se asoció con Fausto y Scheffer su yerno, estableció sus talleres en Mayence, y todo lo publicó bajo el nombre de sus asociados, Biblias y Salmos de admirable pureza y carácter.

Scheffer habia profesado largo tiempo la caligrafia y el comercio de los manuscritos en París. Sus viajes, y la familiaridad de los artistas de este pueblo, le habian hecho conocer procedimientos mecánicos para el empleo de los metales, que aplicados por él á la imprenta, á su vuelta de Mayence, le suministraron nuevos medios de fundir en plomo letras móviles, en moldes de cobre con mas perfeccion, y, á dar tambien una perfecta limpieza á los caracteres. Este nuevo procedimiento se empleó en el *Salmo*, primer libro que data de

entonces, fué impreso en 1457. Poco despues, la *Biblia de Mayence* reconocida por la primera obra del arte, fué ejecutada bajo la direccion de Guttemberg, con los caractéres inventados por Pedro Scheffer.

La llegada del nuevo arte, empezó vulgarizándose libros sagrados, bajo los solos auspicios de la iglesia. Durante sus primeros años marchó á Roma; vió ausiliares allí donde bien pronto debia ve-agresores.

En nombre de los bienhechores los que bajo vuestro pontificado deben alabar á Dios, decia una dedicatoria del tiempo de Pablo II, Soberano Pontífice, esta invencion es la que permite á los pobres poseer bibliotecas á bajo precio. ¡No es infinitamente glorioso para *vuestra santidad*, que volúmenes que poco há costaban *cien piezas de oro* cuesten hoy á lo sumo cuatro, y que los frutos del génio, no ha mucho presa de versos que existen bajo el polvo, comiencen bajo vuestro reinado á resucitar y esparcirse con profusion sobre la tierra?

Bien pronto la ciudad de Venecia prestó sus prensas á las controversias religiosas, y las obras de Juan Hus, fueron impresas en lengua slabe desde 1490, cerca de 20 años, despues de la muerte de Guttemberg.

Pero la Francia en 1480, habia protegido á los impresores alemanes para fijarse en Paris. Luis X se distinguió por la esclarecida acogida que hizo á

la tipografía y las espontáneas ayudas que prestó á este nuevo arte.

Fué intentada una acusacion, en París, contra Faust, por haber vendido Biblias impresas, adornadas con láminas, como manuscritos, á exagerados precios, y existe un recibo firmado por él en París, en 1468, de un ejemplar de una obra de Santo Tomás de Aquino, vendido al enorme precio de quince escudos de oro. El parlamento de París, bajo la inspiracion de Luis XI disculpó á Fausto de toda acusacion, atendiendo á que estos libros eran el producto de una invencion desconocida hasta entonces en París.

El mismo rey desistió de su derecho de *aubaine* en la muerte de Herman Statters, que vendió, en París, libros impresos por Scheffer, los cuales eran, segun la ley de estetiempo, propiedad de la corona por la muerte de un extranjero.

«En consideracion de la utilidad que venga ó pueda venir al estado público del arte de impresion, tanto para el aumento de la ciencia, que de otro modo, etc. etc., condescendemos liberalmente á restituir la suma de 2,428 escudos y tres libras tonesas á los herederos etc.»

Las obras de *Ciceron* fueron el primer libro despues de los sagrados. No se pensaba antes de Leon X, es decir un siglo despues de la invencion de Guttemberg, en reglamentar la imprenta.

Sin embargo, el banquero Fausto y el artista Scheffer, nuevos colabaradores de Guttemberg, no tardaron en sucumbir, como Mentel ó M telin en Strasbourg, á la tentacion de apropiarse insensiblemente la gloria, mas tentadora de las propiedades porque es la mas inmortal. Esperaron como tantos otros, engañar al porvenir, sino engañaban al presente. Despues de haber reconocido en una epístola la primera dedicatoria de *Tito Livio* traducida en aleman é impresa por Juan Scheffer, y dedicada al emperador Maximiliano, olvidando este primer reconocimiento «que el arte de la imprenta ha sido inventado en Mayence por el sublime mecánico Juan Guttemberg,» y usurpandopara sí mismo, siete años despues, todo el mérito y todo el honor del descubrimiento.

El emperador Maximiliano, poco tiempo despues, asimilando los impresores y compositores con una especie de sacerdocio del espíritu, les relevó de toda derogacion á su nobleza por su noble oficio. Ennoblecio en masa el arte y los artistas; les autorizó para que llevasen ropas bordadas de oro y plata; las que solo los nobles tenian derecho á llevar; les dió por armas un águila con las alas estendidas sobre el globo, símbolo del vuelo y de la conquista de la palabra escrita sobre el universo.

Pero ya no estaba Guttemberg sobre la tierra para gozar de esta posesion del mundo intelectual, religioso y político que tan solo habia entrevisto como Moisés, desde lo alto de sus visiones en el sueño del monasterio de Saint-Arbogaste. Despojado, por sus colaboradores, de su propiedad y su gloria, espulsado de su patria por la miseria, consolado y seguido tan solo por su mujer fiel á todas sus vicisitudes, privados por la muerte de sus hijos, viejo, sin pan y bien pronto sin familia por la muerte de su mujer, fué recogido por el elector de Nassau, el generoso Adolfo. El elector le nombró su consejero de Estado y su camarero, con el fin de gozar una honorable familiaridad de pasatiempo con su maravilloso genio que debia conversar mas tarde con todos los lugares y tiempos. Este asilo dado á Guttemberg ilustró para siempre á Nassau y su príncipe. Consta en la historia de las hospitalidades que estas llevan felicidad é inmortalidad á los principes jóvenes y á los estados mas chicos.

Guttemberg continuó imprimiendo en Nazau, á vista del elector su Mecenas, durante algunos años de calma y paz; despues murió á los 69 años, no dejando á su hermana heredad alguna, y dejando en el mundo el imperio del espíritu humano descubierta y conquistado por un artesano.

«Lego, dijo en su testamento, á mi hermana

todos los libros impresos por mí en el monasterio de Saint-Arbogaste.» Sobre inventor no tenia que legar á aquella que le sobrevivía sino la riqueza de casi todos los inventores como él, su juventud consumida, su vida perseguida, su nombre despreciado, sus sudores, sus inxomnios y el olvido de sus contemporáneos.

XXI.

Así vivió y murió este grande hombre: pero no murió con él su arte. La imprenta se propagó despues de su muerte con la instantaneidad de una explosion. Tuvo unos pocos años prensas en todas las capitales de Europa. De entonces data la civilizacion renaciente é indefinida. La Francia, bajo Luis XI, la Inglaterra, la Holanda, la Alemania, Venecia, Génova, Roma, la Polonia, se apresuraron á tomar la nueva invencion para multiplicar sus sagrados y profanos libros.

El oriente conoció este nuevo arte por judíos refugiados en Constantinopla que impusieron tratados de *literatura rabinica* en 1500. Pero los musulmanes no se sirvieron por sí mismos de este arte hasta el siglo XVI.

Finalmente la Rusia, bajo la inspeccion de la metropo'itana, estableció una prensa en Moscou, en 1580, con ayuda de los obreros venidos de Magdebourg.

XXII.

Parece que cada progreso de la humanidad de

be comprarse con lágrimas; que el sufrimiento sea la ley fatal de toda magna iniciación. La imprenta había tenido sus apóstoles; también tuvo sus mártires. De todos, Etienne Dolet fué el más ilustrado por su talento, por la pureza de su vida y por la atrocidad de su suplicio. Nació en Lyon en 1509, en tiempo del renacimiento intelectual y literario en que las controversias religiosas iban á comenzar juntamente con sus primeras luchas; era sabio como Guillen Budé, poeta como Marot, y quizá filósofo como Rabelais, sin mezclar en su filosofía el licencioso escepticismo del cura de Meudou. Lo que podría creerse, era que este hombre fogoso, que no dudaba jamás de sus opiniones que había tomado por armas parlantes y por símbolo de la acción de la imprenta una hacha ó azuela rompiendo un árbol nudoso, protestaba contra las doctrinas de Lutero, aunque había sido condenado como ateo. Este era, á lo que parece, el razonamiento y el hombre que sus adversarios querían herir antes que las creencias.

En esta época de pasiones y muertes violentas, la vida de aquellos que consagraban sus fuerzas al desenvolvimiento de la inteligencia humana, era un largo duelo, en el que tarde ó temprano, se sucumbía. Sucesivamente estudiando en París, después en Padua, secretario de Juan de Lauceac, embajador del Rey de Francia en Venecia, estudiando la facultad de Toulouse, Etienne Dolet no-

tenia veinte y cuatro años, cuando, por último argumento de sus discusiones, sus enemigos le hacen arrojar en un calabozo. La intercesion de Juan Penux, obispo de Rieux, le sacó bien pronto; pero entonces asesinos asalariados acometian empresas sobre su vida; y como á pesar de los peligros, el intrépido jóven no dejaba á Touleuve, finalmente se hizo intervenir una sentencia del parlamento que desvaneci6 todo (1553).

Dolet fué á Leon, donde obtuvo, despues de grandes esfuerzos (1535), el privilegio para imprimir *sus comentarios sobre la lengua latina*, obra de inmensa erudicion que le pone al nivel de los Bembo, Escaligeros y Eranues, y le hizo obtener un brillante puesto en el gran torneo que se alz6 en este tiempo en el mundo literario, en el asunto de Ciceron. Se ve alterar aquellos bellos estudios por una nueva tentativa de asesinato sobre Dolet, que mat6 valerosamente a su agresor. Pero al menos era un pretesto á las animosidades que perseguian su pérdida, y se le encarcel6 como asesino. Tuvo, para salir de la prision, nada menos que voluntad absoluta de Francisco I, interesado por Dolet por su gran talento, y á lo que parecia por la proteccion de la reina de Navarra.

La munificencia real calific6 entonces al sabio perseguido, de impresor el mas entendido que conocia entonces, como para servir de indemnizacion lejitima á sus inmerecidos tormentos (1537.)

Las prensas de Dolet publicaban sucesivamente las obras de Marot y de Rabelais; tambien publicaba anualmente sus propias obras y algunos años los libros mas ilustrados de la antigüedad. Llegaron nuevas persecuciones en 1542; interrumpen sus trabajos; vagas acusaciones de heregia le detuvieron 15 meses en la Consergeria de París. Francisco I no era ya un jóven: protegia las letras. Un hermoso libro, una obra de arte, no bastaba para proteger un artista contra sus fanáticos consejeros. Robert, Ettienné y Marot habian dejado la Francia. Seguro de su conciencia y aventuroso, Dolet no quiso imitarles. En vano el parlamento de París hacia quemar sus libros, despues de haber sido precisado á ceder él mismo en presencia de la unanimidad, por acusaciones demasiado evidentes que le habian cargado. No desechaba la lucha y el escritor vengaba el librero. En Lyon publicó poemas sobre su cautividad y una traduccion de los *Diálogos* de Platon. Esta energia fué al fin fatal. En 1544, fué preso de nuevo. Desconfiando esta vez de la parcialidad de sus jueces, llegó á escaparse y huir al Piamonte. Mas bien pronto el amor á su arte le volvió al cepo que debia tener. Habia escrito al rey cartas en verso para implorar una proteccion que ya habia salvado; no pudo resolverse á vigilar la misma impresion. Entró secretamente en Lyon, pero sus enemigos le hicieron su presa. Sentenciado, fué llevado ante la facultad

de teología de París y condenado como *ateo relapso* por parajes de sus libros, *los que protestó por tres veces no haber escrito jamás.*

Dolet fué puesto en tortura y cuestion extraordinaria *por enseñar á sus oficiales*, como dijo la sentencia que le condenó, y despues fué colgado y quemado en la plaza de Maubert; su cuerpo y sus libros convertidos en cenizas, y sus bienes confiscados. Dolet, á los 30 años, murió intrépidamente como habia vivido, dejando en la indigencia á su mujer y su hijo.

XXIII.

La impulsión estaba dada, y todas sus persecuciones no podían sino ilustrar la nueva invención, sin cesar una hora. Los mismos soberanos se gloriaron en grabar é imprimir con sus propias manos las obras halladas de la antigüedad, como si esta participacion manual en la vulgarización de los maestros del genio les hiciese participar del mismo genio. El pensamiento se hizo rey, y reinó sobre los reyes. Maria de Médicis, mujer de Enrique IV, dibujaba é imprimía estampas para ediciones reales. La figura de una jóven, dibujada por ella, fué dada por esta reina á Filipo de Champagne. Luis XV en su juventud, haciendo de este arte una curiosidad instructiva, imprimía en su propio palacio un tratado de geografía Europea. Los grandes impresores de los siglos que siguieron á Guttemberg fueron á un mismo tiempo que ar-

tistas, sabios y escritores. Desenterraron la antigüedad entera y desenterrando sus maestros, les comentaron, esplicaron é interpretaron en el mundo nuevo. La historia renació con la imprenta.

Ha tenido Guttemberg hasta nuestros dias escuelas, tradiciones é impresiones de impresores célebres, así como habia tenido él escuelas de pintores, escultores y filósofos. Los tipógrafos honrados á justo titulo, con nombre de *compositores*, participaron de la gloria que las ediciones de los autores griegos y latinos restituian á los poetas, á los historiadores y á los oradores del antiguo mundo; formaron parte, por decir así, de la familia de los hombres de genio; se hicieron poderosos á la vez que honrados, reducidos, recompensados ó perseguidos por los gobiernos segun que estos eran mas ó menos sabios. Las impresiones de Alde, Morel, Turnebe, el zebirs, naturalizaron los grandes nombres de la tipografía en el universo sabio por la limpieza de los caractéres, por la correccion de los textos y por el número de obras entregadas á las bibliotecas.

La familia de Ettiienne, en París, ocupó durante siglo y medio la cumbre del arte. Protejidos por los reyes, y principalmente por Francisco I, perseguidos por la Universidad, celoso guardian, así de la ignorancia como de la verdad, aprisionados por la iglesia, para una edicion de la Biblia, acu-

sada de errores, fueron refugiados en Génova; apri-
sionados por segunda vez en esta Metrópoli del
calvinismo, por impresiones que herian la reforma,
fueron llamados á Francia y desterrados de nuevo
trasportando á la vez sus prensas de Génova á Pa-
ris, de Paris á Génova: la historia de esta familia
de impresores, dijo M. Didot, seria la del espíritu
humano durante el renacimiento.

Pero, durante cinco siglos, los procedimientos
y máquinas no dieron menos progreso á la impren-
ta que las ciencias ó las letras. El arte tiene en los
Bodoni en Parme y en los Didots en Paris. Phidas
que esculpen por decir así, á la vista, la forma
material del pensamiento, los caractéres y orna-
mentos de lujo. Uno de los Didots inventó en 1753
la prensa de un solo golpe; el otro, cantó en un
poema los progresos de su arte é imprimió por sí
mismo su propio canto. Un tercero trajo de Ingla-
terra la prensa de metal de lord Stanhope y
la prensa cilíndrica á manera de produccion per-
pétua de los caractéres, que arroja la palabra es-
crita á torrentes inagotables, como una lava del
espíritu humano para los diarios y para las tribu-
nas; y finalmente, un cuarto, M. Ambrosio Fir-
min Didots, escribió é imprimió en nuestros dias
bajo el modesto título de *Ensayo sobre la tipograaa*,
la historia mas erudita y mas completa del arte
que es á la vez maestro é historiador.

La instruccion fundamental de las masas dá

consumidores sin límites á la palabra impresa; los caminos de hierro la abren paso; el vapor la presta su vuelo; el telégrafo visual la da señales; finalmente, la invencion reciente del telégrafo eléctrico la comunica la instantaneidad del rayo. Mas realmente que en el célebre verso sobre Franklin: *Eripuit eolo fulmen!* en algunos años una palabra pronunciada y reproducida en cualquier punto del globo podria iluminar ó fulminar el universo. La palabra perfeccionada por el procedimiento de Guttemberg volverá á ser, por la materia, tan inmaterial como cuando solo era pensamiento; pero este pensamiento volverá á ser universal brotando con ímpetu de una inteligencia ó de una voluntad del hombre! El espíritu se confunde de admiracion ante las consecuencias futuras de las invenciones y ante el próximo reinado de la idea por la palabra. Guttemberg ha espiritualizado al mundo.

Largo tiempo su nombre ha sido desconocido; largo tiempo se le ha disputado su gloria; pero es necesario recordar, que no era su solo objeto la gloria humana. Le habian colocado mas alto ¡qué gozó de ella! Esta es la suerte de los inventores, tanto espiritual como material. El nombre se olvida, pero el beneficio se vuelve á hallar en sus consecuencias en el fondo oculto de las cosas humanas y Dios sabe á quien le devuelve. ¡Qué importa el olvido y la ingratitud de los hombres si el supremo juez está reconocido?

FIN.

UVA. BHS. LEG 1-1 n° 1074

